

Jesús Hernández, Álvaro Delgado-Gal y Xavier Pericay (eds). La universidad cercada. Testimonios de un naufragio. Barcelona. Editorial Anagrama. Primera edición marzo de 2013. 388 páginas. ISBN 978-84-339-6532-9.

Hace años que la universidad española suspende cada verano. Los periódicos hacen públicos los resultados del ranking elaborado por la Universidad Jiao Tong de Shangái y destacan la noticia: ninguna universidad española está entre las doscientas primeras del mundo (o, si lo estuvo, ha dejado de estarlo). Los papanatas se reafirman en la idea de que algo le pasa a nuestra universidad. Necesita mejorar.

Llueve sobre mojado. Tras décadas de un crecimiento espectacular en número de alumnos, profesores, centros, titulaciones y productividad científica, los diagnósticos pesimistas acerca de su situación empezaron a acumularse a principios de siglo, hasta encontrar un máximo en torno a la culminación del llamado proceso de Bolonia. El libro *Adiós a la Universidad*, publicado por Jordi Llovet en 2011, fue quizás el más representativo de la naturaleza de las críticas que se formulaban. El autor, catedrático de Teoría de la Literatura, justificaba en él su opción por la jubilación anticipada denunciando los espectáculos de “horror” que estaban acompañando al descrédito de las enseñanzas humanísticas.

Inspirado en ese libro se diseñó el que ahora nos ocupa. Sus editores tomaron nota del fenómeno, inusual hasta entonces, de la prejubilación voluntaria de prestigiosos profesores, y decidieron pedir un testimonio sobre su experiencia a profesores nacidos entre 1935 y 1955. No les exigieron que se hubieran jubilado anticipadamente, ni tampoco que su visión de la Universidad fuera negativa. Pero en casi todas sus aportaciones resonaron amargos reproches. Por eso pudieron agruparse como “testimonios de un naufragio”, no ya ahora de las Humanidades, sino de la institución universitaria en general.

Los autores procedían de muy diversas áreas de conocimiento. De las “ciencias duras”, así M. A. Alario, Química, A. Fernández-Rañada, Física, F. García Olmedo y A. Liñán, Ingeniería, y de “letras”, así M. Pérez Ledesma y F. Checa, Historia e Historia del Arte, C. García Gual, L. Romero Tobar y el propio Llovet, Filología, o M. Morey y J. L. Pardo, Filosofía. No faltaban los juristas, así R. L. Blanco Valdés, F. de Carreras o F. Sosa Wagner, ni los científicos sociales, como R. Gubern, Comunicación, G. Tortella, Economía, o E. Lamo de Espinosa y V. Pérez-Díaz, de Sociología.

Los resultados suministraron una visión generacional de un proceso de cambio que abarca desde el franquismo tardío hasta la actualidad y que gira en torno a una institución particular: la universidad española. Y la visión que los autores compartían puede ser resumida en tres palabras: un cambio espectacular.

En efecto, muchos de ellos dan testimonio de la pobreza de la Universidad que conocieron al comienzo de sus carreras. Recuerdan las instalaciones cochambrosas, los edifi-

cios ruinosos, las dotaciones científicas insuficientes: aparatos de experimentación que se retiran del aula sin que funcionen, “lo mismo que el año pasado”, tubos de cobre del laboratorio vendidos por un bedel, bibliotecas carentes de lo más indispensable... Y, junto con ello, el aislamiento autárquico, la lamentable falta de maestros y de interés, el autodidactismo de los alumnos, la desidia y la miseria espiritual reinando por doquier.

Recuerdan también la forma en que todo eso fue desapareciendo: el progresivo aumento de las dotaciones económicas y los contactos internacionales, la construcción de nuevas instalaciones y edificios, así como el incremento masivo en el número de estudiantes y en la cantidad, y calidad, de la producción científica.

No obstante, prácticamente ninguno se olvida de unir a esa experiencia una lista de las carencias que la acompañaron. Esa lista, en lo sustancial compartida por todos, infunde a los testimonios un aire de desilusión y desánimo, de desmoralización incluso, que justifica el subtítulo dado al libro por los editores.

No se trata de vagas nostalgias ni de los achaques propios de la edad. Los que hablan aquí saben de lo que hablan. Sus reproches, bien fundamentados, coinciden en lo esencial y resultan bastante uniformes.

Van dirigidos, en primer lugar, contra el sistema de gobierno de la Universidad. La sustitución del supercentralizado sistema franquista por la consagración democrática de la autonomía universitaria les parece, a casi todos, una auténtica oportunidad malograda. Ello se debe, lo explican entre otros Blanco Valdés, Sosa Wagner, de Carreras o Lamo de Espinosa, a que una mala inteligencia del principio constitucional llevó a concebir la autonomía universitaria, equivocadamente, como algo de carácter político. Se abrió con ello el paso a que las Comunidades Autónomas y, sobre todo, el corporativismo de los integrantes, se apoderasen del gobierno de la institución, dando lugar a que la hiperburocratización, la endogamia, y la pérdida de vista del interés público señoreasen la universidad del periodo democrático.

Ligado estrechamente a este asunto se encuentra el del sistema de selección del profesorado, con el que casi todos los autores se muestran de lo más críticos. Censuran sus cambios continuos, siempre en un sentido más corporativista y localizador, y no se privan de tildar de “nefastos”, hasta de “históricos” (Morey), los procesos de evaluación, los cuales solo han buscado “blindar la carrera de los ya integrados en la institución a través de un lento y seguro ascenso interno por cumplimiento de requisitos burocráticos” (García Gual).

Dos fenómenos resaltan como algo especialmente desmoralizador. Por un lado, el incesante cambio normativo. Por otro, la apelación continua a la retórica y a las ideas huecas a la hora de guiar la institución.

Las quejas sobre el vaivén normativo y la incertidumbre que genera se esparcen de hecho por todo el volumen: ¡Cuatro sistemas de selección del profesorado funcionario en menos de cuatro décadas! ¡De las facultades a los departamentos y vuelta a las fa-

cultades! ¡Leyes, decretos, directrices, protocolos se suceden sin cesar unos a otros! García Olmedo reconoce el “indudable milagro de la ciencia española en los años ochenta”, pero también el “alto grado de desorientación de la política científica” desde entonces. Lamo de Espinosa, que fue Secretario General de Universidades en una etapa crucial, sostiene que el estado actual de la Universidad, después de “tanto esfuerzo, tantas leyes y decretos, tanta reforma para tan magro resultado”, es, simplemente, “de fatiga y cansancio”. A lo que debe aspirarse es a no reformar ya nada más.

El continuo vaivén normativo encuentra su causa, como señalan muchos de los autores, en lo inarticulado de unas reformas que no tienen claros sus objetivos, que van llenas de propuestas vacías o inconsecuentes que, en poco tiempo, han de ser sustituidas por otras. Así, una ley parte de la idea de que las diversas universidades competirán entre sí en la captación de los mejores estudiantes y profesores, pero, ni tiene en cuenta el corporativismo y la falta de movilidad existentes, ni hace lo más mínimo para cambiarlos. Trata otra ley a todos los profesores como “investigadores”, cuando lo que busca realmente es transformar a la mayoría en “enseñantes postsecundarios” (Lamo). Y, para que se note menos la inconsistencia, lo que hacen todas las normas es recubrir continuamente todo de palabrería, de innovación meramente verbal, hasta alzar un imponente edificio de ideas falsas que ha llevado a que el antiguo templo de la verdad se haya convertido en el “templo del engaño” (Pérez Ledesma), en lo que Rafael Argullol ha descrito como la “academia de los tramposos”.

Muchos de los autores de este libro apuntan al origen último de estos fenómenos. Se encuentra en lo que Fernando Checa denomina “la ausencia de ideas rectoras”, en el hecho simple de que la universidad española no sabe, en realidad, qué quiere ni a dónde va. De Carreras observa que “nunca ha llegado a tener una tradición ni un perfil propio”, pero también que este defecto se ha agravado en las últimas décadas. Por eso, lo que necesitamos es “algo nuevo” de verdad, sentencia con amargura Lamo de Espinosa: “objetivos claros, sencillos y medibles, y sobre todo tesón y constancia para perseguirlos”.

Dos cosas cabe resaltar de los testimonios aquí reunidos. La primera es que se perciben ciertas diferencias entre los profesores de Ciencias y de Humanidades. El tono de los primeros es más optimista. Tiene eso algo que ver con el mero incremento de los medios. Profesor hay (A. Liñán) que vio llegar la electricidad a su pueblo y luego colaboró con la Oficina de Investigación Científica de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. El tono de los profesores de Letras, y también el de los juristas, más vinculados tradicionalmente a la cuestión de los fines, resulta, en contraste, mucho más jeremiaco: se ha volatilizado el horizonte humanista (García Gual); la idea fantasmal de “investigación” ha desplazado a la mucho más sencilla de “estudio” (Llovet); un “conocimiento líquido” está suplantando al verdadero saber (J. L. Pardo). La idea de que la Universidad ha sido sacrificada como un manso cordero al capitalismo global no deja de transitar por muchas de las aportaciones.

La otra cosa a resaltar tiene que ver con la misión de la Universidad. Muchos de los autores de este libro se remiten a la famosa obra de Ortega, y a las tres funciones que allí propuso para la universidad: la creación, transmisión y crítica de la cultura, la ense-

ñanza de las profesiones y la investigación y el desarrollo de la ciencia. Como se sabe, Ortega creía esencial la primera función, en la que por cultura entendía el “conjunto de ideas sobre el universo, las cosas y el mundo” cuya articulación salva al hombre del “nafragio vital” y le orienta en su acción permitiéndole “vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento”. Según él, esta función estaba íntimamente ligada a la profesionalizadora, aunque podía desligarse sin problemas de la tercera, ya que el desarrollo científico no tenía por qué estar vinculado a la Universidad.

Han pasado muchos años desde Misión de la Universidad. El nexo entre cultura y profesión que trazó esa obra está formulado para una institución fuertemente clasista, muy alejada de la actual. La contingencia de la relación entre investigación científica y Universidad que propone también resulta profundamente extemporánea. Así lo señala en este libro Fernández-Rañada, quien considera que “Ortega se equivocó a fondo”, y que la falta de desarrollo científico es la causa de la alta tasa de paro de nuestro país.

Todo esto no quita que la tríada cultura-ciencia-profesión siga siendo marco de referencia de muchos discursos. A ella se refirió expresamente el preámbulo de la LRU, y a ella se refieren muchos de los autores de este libro. En general, lo hacen para constatar que, en las últimas décadas, dos de esas funciones, la científica y la profesionalizadora, han “estallado en mil peticiones diversas” (la expresión es de Lamo de Espinosa), mientras que la función cultural ha entrado en una profunda crisis. Un texto de la Aneca de 2009 citado con indignación por Miguel Morey parece querer dejar a esta función en su verdadero y triste lugar: “La Universidad ya no es más un lugar tranquilo para enseñar, realizar trabajo académico a un ritmo pausado y contemplar el universo, como ocurría en siglos pasados. Ahora es un potente negocio, complejo, demandante y competitivo, que requiere inversiones continuas y de gran escala”.

Aquí está la clave de la experiencia y del descontento de los que participan en este libro. Aquí se encuentra el origen de esa melancolía con la que García Gual contempla desde su ventana una facultad que no solo cuenta con “este edificio (el A), sino además con otros más nuevos (designados como B, E y F)”. Es por aquí por donde mana la vía de agua que permite calificar la situación de naufragio. Se trata de la crisis de la función cultural, la cual, lógicamente, es percibida de forma más aguda (aunque no solo) por los más conectados con las Letras y las Humanidades.

Llovet ve en este sentido en grave peligro todo el sistema universitario, para él “la punta de la pirámide de una fábrica cultural” cuyo caudal se desparrama naturalmente desde “las instituciones sabias” hasta la ciudadanía. Más realista, Lamo de Espinosa considera que lo que ocurre es que la Universidad ya no se encuentra en la punta de esa pirámide. Su lugar lo ocupa un poderoso mercado cultural, “explotado por empresas mucho más poderosas y dinámicas que las universidades”, las cuales, a la hora de realizar su tarea de formar “súbditos de las multinacionales”, no necesitan para nada de estas. Morey, en el más bello capítulo del libro, protesta ante esta realidad, ante tal “demolición consciente del espacio del saber”, ante “un acto así de barbarie”, y anuncia una decisión personal. Como no piensa preocuparse por “hacerse con un currículum competitivo, tratando de averiguar cuáles son los temas de moda y los correspondientes índices de impacto”, abandona la Universidad. “Nacimos griegos, y moriremos

griegos”, son las palabras con las que concluye su aportación. Pardo, por su parte, describe todo el proceso como una licuefacción de las ciencias; una pérdida de rigor que se hace transparente en el propio lenguaje perverso y mercantil que vehicula las novedades -“créditos”, “índices de impacto”, “proyectos”-, el cual da forma a un “infierno de la fluidez que convertirá en ridículo y doméstico aquel otro tormento de la rigidez” y que acabará, vaticina, con la ruina de todos aquellos que tomaron créditos o se acreditaron.

Lo característico de la universidad española, en cualquier caso, no es el proceso de deterioro de la función cultural. Tal fenómeno tiene un alcance mundial. Lo que le caracteriza es lo rápida y profundamente que avanza. La forma tan brusca y uniforme en la que, a principios de siglo, los becarios se convirtieron en un santiamén de aspirantes a sabios en contratados precarios no fue más que un nuevo testimonio de cómo suceden aquí las cosas. Se diría que nuestra universidad está demasiado ansiosa por despedirse de su función cultural, y que pretende hacerlo a toda máquina y sin dar muchas explicaciones, como quien abandona precipitadamente el lugar de un crimen.

Resulta esto especialmente lamentable. Las particularidades de la historia de España llevaron a que en ella el proyecto ilustrado de supremacía de la razón y avance de la concepción moderna del mundo se vinculase estrechamente con la institución universitaria. A diferencia de otros países, en los que la Universidad lo que hizo fue “sumarse” a ese proyecto, en el nuestro fue su principal impulsora. Su avance, iniciado en el siglo XIX, fue cortado casi de raíz, como se sabe, a mediados del siglo XX, y la reconstrucción posterior no dejó de ser bastante problemática. Acerca de ese drama tratan en este libro de forma específica Pérez-Díaz y Lamo de Espinosa. Acerca de sus efectos tratan, en realidad, todos los participantes. Porque el problema que pone el especial protagonismo que la función cultural de nuestra universidad tuvo en el impulso del proyecto ilustrado es que su evaporación deja un hueco mucho mayor aquí del que lo hace en lugares que cuentan con otras instituciones para compensarlo.

De ahí la gravedad del naufragio del que habla este libro. De ahí la irresponsabilidad de sus responsables. De ahí la especie de culpabilidad con la que avanza nuestra universidad y su peculiar adicción a aturdirse con palabrería. Porque el impulso del desarrollo científico y la adaptación a los tiempos de las diversas funciones de la Universidad de ninguna manera requerían tamaña amputación. Para nada exigían que, en nombre de la “innovación” y de la “ciencia”, la institución renunciara de forma tan radical a la tarea de articular ideas con sentido, incluso para su mero uso particular.

Lo mínimo que puede hacerse ante tal sobreactuación es disentir en nombre de la razón y de la Universidad. Es lo que quisieron hacer los autores de este libro. Bastaría por ello con atender un poco a lo que dicen para avergonzarnos de tanto seguidismo, de tanta falsedad, de tanta adaptación a “lo que hay”. Porque la palabrería de una innovación permanente que se niega a registrar realidad y a perseguir fines definidos se ajusta como un guante a que siga funcionando esa universidad que Manuel Sacristán describió como una sociedad de socorros mutuos entre entusiastas de la ley de Peter. Permitirá sin problemas que aquello que Sergio Vilar identificó como una “densa, enmarañada y oscura red de irregularidades administrativas e irracionalidades científi-

cas” siga enmarañándose, y hasta que sueñe con trepar algún día por los rankings. Pero con lo que no resulta compatible es con una institución que aspire a continuar viviendo sin que su vida sea “tragedia sin sentido” o “radical envejecimiento”.

Víctor Méndez Baiges

Profesor de Filosofía del Derecho

Universidad de Barcelona

victormendez@ub.edu